



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

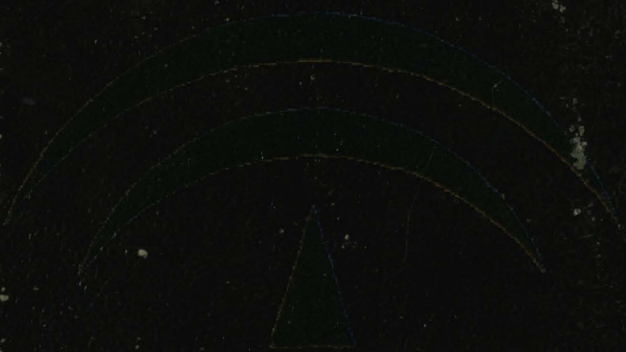
biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

AL-HAMA

EL

Hazurita

A-4
4
11



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA

R 425

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA
Est. A-V
1853

AL-HAMAR

EL MAZARITA,

REY DE GRANADA.

LEYENDA ORIENTAL

POR D. JOSE ZORRILLA.

DIVIDIDA EN CINCO LIBROS

TITULADOS :

DE LOS SUEÑOS, DE LAS PERLAS, DE LOS ALCAZARES,
DE LOS ESPÍRITUS, Y DE LAS NIEVES.

ILUSTRADA CON NOTAS

Y SEGUIDA DE LA VIDA DE MAHOMA Y DE APUNTES SOBRE
SU RELIGION.

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhámbr. 1909

MADRID.

IMPRESA DE JULIAN PEÑA.— CAVA ALTA, 44.

1853.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-4

Tabl. 4

N.º 11

EL HAZARITA

REY DE GRANADA

LEYENDA ORIENTAL

POR D. JOSE ZORRILLA

ESTADIA EN CINCO LIBROS

IMPRESION

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERIA DE CULTURA



RES. DE LOS ESPRITUS, Y DE LAS NIÑAS

LESTREBA COS NOTAS

Y SECURA DE LA VINA DE MANOMA Y DE ANIÑOS SOBRE

SE DELIGOS

Donativo del Sr. Conde de

Románnes a la Biblioteca

de la Alhambra. 1873

MADRID

IMPRESA DE JULIAN PEÑA - CAYU ALA 11

1873

Cuarenta y seis. — Octubre. — Torquemada.

Querido Rafael: si tu hora extrema
 no ha llegado y tu alma sosegada
 dirige aún tu corporal sistema,
 al recibir la epístola presente
 recibirás un libro: es mi Poema.
 ¡Grande cosa es el tiempo: concluyente
 respuesta, y argumento el mas profundo,
 contra opiniones falsas. Ciertamente
 que el tesoro mas rico, el mas profundo
 manantial de los bienes de la tierra
 y el menos estimado de este mundo
 es sin disputa el tiempo. En él se encierra
 de la verdad el germen: patentiza
 la lealtad de el corazon: aferra
 la opinion: el ingenio sutiliza,
 y allanando dó quier dificultades,
 los planes mas quiméricos realiza.

Grande cosa és el tiempo: de verdades
sagáz descubridor y fiel testigo
en el gran tribunal de las edades.

Y no te estrañe, Rafael amigo,
que hoy así en tono doctoral y grave
hable de el tiempo sin hablar contigo:
porque es razon que su valor alabe
y ponga en él mi confianza estrema,
puesto que él és de el porvenir la llave
y contra tí resuelve un gran problema.

Tu Poema és un sueño irrealizable,
dijiste: el tiempo fué, y hé aqui el Poema.

Puede que sea aborto abominable
de mi talento ruin; mas no se opone
á que sea obra real, cosa palpable.

Caiste, Rafael. ¡Dios te perdone!
cual yo, que con el tiempo te he rendido!
y ahora al triunfo la nobleza abone.

¡Prez alta al vencedor! ¡Páz al vencido!
y pues conyicto estás, cedo en mi tema
y recobro el discurso interrumpido
de mi dedicatoria, y el sistema
siguiendo epistolar en la presente
repito que te envío mi Poema.

No te asuste el volúmen: actualmente
las lecturas en diez á quince tomos
son las que hacen furor entre la gente.

Conviene pues que sepan que hombres somos
que vamos con el siglo, aunque seamos
largos de pluma cual de ingénio romos.

A más de que este siglo que alcanzamos
ya sabes que és el *siglo de las luces*,
y es fuerza, *Rafael*, que nos luzcamos;
Si vás pues con el siglo, bien deduces
que mientras él nos luzca, mas que á oscuras
anden los otros dándose de buces.

Opinan hoy así las criaturas;
y aunque lo llaman sórdido cinismo,
gentes en ciencia y en virtud maduras,
el vulgo universal piensa lo mismo:
siempre empero juzgó mi entendimiento
que ésta no era la luz de el cristianismo.

Y hé aqui que és á propósito el momento,
yá que sobre el papel tengo la pluma
y resbalado á la cuestion me siento,
para arrojar un fardo, que me abruma,
querido *Rafael*, á una ya antigua
pregunta tuya respondiéndome en suma.

Siempre que me la has hecho, con ambigua
contestacion te satisface, y quiero
una darte por fin clara y exigua.

Muchas veces me has dicho (á lo que infero
intencion recelando en mí no sana)
que estrañabas que én són hoy tan severo
mi voz resuene, cuando ayer mundano
y de la tierra escándalo profano
el vicio y el placer cantó liviano.

Plugiérate saber por qué el mundano
laúd dejando, en arpa vibradora
las glorias de la Cruz canto Cristiano.

Quieres saber por qué bebiendo ahora
 mi inspiracion en el veneno vivo
 de nuestra fé, mi voz consoladora
 alzo sobre el tumulto revulsivo
 de nuestro siglo turbulento, al duelo
 de el corazon buscando lenitivo.
 Buscas la causa en fin de el hondo anhelo
 con que emprendo esta obra, que á mi alma
 cuesta yá largo afán, largo desvelo.
 No és la ambicion de conseguir la palma
 de el literario y general combate
 que de la Europa aun hoy turba la calma.
 Ganoso de ella el corazon me late
 y siempre me latió: mas aunque fiero
 fue la tentacion vencí su embate.
 No tengo inspiracion tan altanera,
 corazon tan audáz, fé tan segura
 que entrar en liza tál ose siquiera.
 Ni es cálculo taimado, que procura
 áura mas popular para mi nombre,
 ni ostentacion hipócrita. Más pura
 luz me guia, y concibó que te asombre
 tal mudanza en los tonos de mi lira,
 hoy casta, ayer escándalo de el hombre.
 Voy pues de este misterio, que te admira,
 la causa á revelarte en una historia
 íntima, espiritual, que fé respira.
 Reservada y recóndita memoria
 del corazon: fantástico relato
 del alma, ageno á la terrena gloria,

á tu buena amistad acaso grato,
 solo para los dos interesante,
 é inútil para el vulgo, que insensato
 de la ciencia de el alma está ignorante
 y en el camino de la Fé dudando
 no penetró jamás tan adelante.
 El tono pues epistolar dejando
 por un momento, sígueme... y medita
 que en la region de el alma yás entrando.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

DEPARTAMENTO DE CULTURA Y PATRIMONIO
 DIRECCIÓN GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL
 DIRECCIÓN GENERAL DE MONUMENTOS Y BENEFACTORIA

Las dos luces.

FANTASÍA.

Es la existencia golfo que se agita
 circundando islas mil, cuyo oleage
 de la *nada* en las playas se limita.
 Naves las almas son en que el pasaje
 hacemos de este golfo, cuyo centro
 el punto es de partida en este viaje.
 Centro es la cuna; una isla mar adentro
 en la mitad de el golfo colocada
 dó alma y cuerpo se salen al encuentro.
 Al mar cada alma desde allí lanzada
 vá de una en otra isla escala haciendo
 hasta dar en las playas de la *nada*.
 Allí en la inmensa eternidad cayendo,
 náufrago el cuerpo en la ribera espira,
 al Criador su nave devolviendo.

**AMOR, DELEITE, LUJO, AMBICION, IRA,
 GLORIA, AMISTAD, HONOR, FAMA y ORGULLO**
 islas son donde reina la mentira.

Desde ellas nos reclama con arrullo
 fascinador: de danzas y canciones
 nos envía al pasar, manso murmullo;
 á ellas con falaces ilusiones,
 nos atrae, y viajeros perezosos
 vamos haciendo escala en las pasiones.

FÉ, CIENCIA, RELIGION., son luminosos
 faros, que por las varias latitudes
 nos guían de estos mares procelosos.

¡Voga!, nos dicen con su luz; *no dudes*,
 ¡Voga!; y pilotos de arte y experiencia
 vamos haciendo escala en las virtudes.

Por las pasiones vá nuestra existencia
 las riquezas gastando, y adquiriendo
 por las virtudes vá nueva opulencia.

Las naves bien lastradas al tremendo
 vaivén resisten y oleage fuerte:
 las vanas ceden al embate horrendo.

Era yo jóven, mi conciencia inerte
 dormía, cuando al mundo audáz y solo
 salí, fiado en la voluble suerte.

Leal, franco, inesperto, ageno al dolo,
 creyendo en cuanto ví con fé sincera,
 mio el mundo juzgué de polo á polo.

Mi alma entonces góndola ligera
 en manos de señor jóven y ansioso,
 de vida mundanal y placentera,

se dejaba guiar por el undoso
y turbulento mar de la existencia,
ya á naufragar vecina; ya en reposo
vogando de áura mansa á la influencia;
al sol ardiente, y á la tibia luna
meociéndose en el mar con indolencia.

Siguió siempre mi nave y mi fortuna
la dulce poesía, compañera
de mi gozo y mi afán desde la cuna;
y con voz ora humilde, ora altanera
mis placeres canté, mis ilusiones
hechicé, la ventura pasajera
de la vida fugáz en mis canciones
celebré; y ora crédulo, ora impío,
templé mi lira con inciertos sonos.

Abordé en mi demente desvarío
del golfo de la vida las riberas
todas, sin otra ley que mi albedrío.

Sus islas visité mas hechiceras;

GLORIA, AMISTAD, AMOR, DELEITE, oyeron
mis atrevidas cántigas primeras:

y dó quier por el golfo me aplaudieron,
y de láuros cargáronme la frente,
y embriagándome al fin me embrutécieron.

Triunfé, amé, blasfemé, reñí insolente:
¿qué saqué de esta vida vergonzosa?
hastiado el corazon, seca la mente.

Mi alma, nave sin lastre, en peligrosa
marcha me conducia abandonado
al oleage de la mar undosa.

Entonces recordé mi sosegada niñez: cuando mi madre me tenía
sentado en sus rodillas, y posada
su mano en mi cabeza, dirigía
mi atención al altar, donde radiante
se elevaba una imagen de MARÍA.

Y entonces recordé la voz vibrante
de el monge que en el púlpito proclamaba:
«la existencia mas larga es un instante; no
honor, gloria, poder, todo se acaba
con ella. Solo nuestras obras viven;
y ¡ay de el que con sus obras no se cava
su tumba! Todos de el Señor reciben
para el bien un talento, y Dios ordena
que el suyo todos para el bien cultiven.»

Recordé que esto oí en la edad serena
de la cándida fé, cuando la mente
virgen recibe la impresion agena,
que conserva indelible eternamente.

Hasta entonces jamás mirado había
detrás de mí: tornéme ansiosamente
el rastro á ver de la existencia mia.
¿Y qué ví? La estension de el océano
que tras de mí desierto se estendia:

la nave de mi alma un solo grano
de lastre no llevaba; ni una sola
flor de las islas conservó mi mano.

El rumor de una ola y otra ola
no mas en torno oía, y el profundo
són de la mar; que el corazon desola

blando susurre, ó muja furibundo.
 ¿Comprendes, Rafael? Te voy contando
 la historia de mi alma; lo que al mundo
 nadie cuenta jamás; lo que llevando
 vá cada cual consigo; cuidadoso
 en el inquieto corazón guardando.
 Lo que el hombre no dice vergonzoso,
 mas lo que á solas piensa en el momento
 en que cierra su párpado al reposo.
 Iba yo pués al oléage lento
 de el golfo de la vida, en la bárquilla
 de mi alma vogando, el pensamiento
 tornando á mi niñez; de toda orilla
 lejos: el corazón triste, y vacío
 de lo pasado, viendo que la quilla
 de el alma no dejaba entre el bravo
 oleage señal, y nuevo rumbo
 dar meditando al barquichuelo mió,
 y hé aqui, que de las ondas al balumbo
 avanzando al azar, ciego y perdido
 de olas en olas y de tumbo en tumbo,
 ví una isla á lo lejos. Decidido
 torné á ella mi próa y tomé suelo
 en pais para mí desconocido.
 La *Isla de la Razon* era, que el cielo
 puso en mitad de el viaje de la vida.
 La rica nave, el débil barquichuelo
 que alli aporta sin rumbo, la perdida
 brújula cobra, y desde alli dirige
 su viaje á fácil playa. Guarecida

la *razon* de esta isla en ella rige
 como reina, teniendo en su ribera
 dos luces siempre ardiendo; y una elige
 de las dos el que arriba, su postrera
 travesía al hacer: cada uno enciende
 su antorcha en una; y breve ó duradera
 con esta luz su travesía emprende
 cuerdo ó desatinado el navegante
 que á sí no más en la elección atiende.
 De saltar en su isla en el instante,
 «de la *Fé* es esta luz, del *siglo* es esta»,
 me dijo la Razon; y vacilante
 en la difícil eleccion funesta
 entre la *Fé* y el *siglo*, al alma mia
 entre las luces de ambos dejó puesta.
 La antorcha de la *Fé* no despedía
 mas que un rayo de luz tranquilo y puro,
 que por la limpia atmósfera subía
 recto á perderse en el azul oscuro
 de la pura region, que el ojo humano
 no contempló jamás fijo y seguro.
 A la luz de la *Fé* nada cercano
 sobre el ház de la tierra se alcanzaba;
 pero en la altura del cenit lejano
 se veía una estrella, y se dudaba
 si la luz de la *Fé* de ella venía,
 ó la luz de la *Fé* se la prestaba.
 Yo, entre la tierra y la region de el dia
 este rayo comun juzgué (y no en vano)
 que comunicacion establecia.

Circundaba este rayo soberano
 rico enjambre de abejas luminosas
 con alas de oro, cuanto mas cercano
 al resplandor su vuelo, mas hermosas
 y en el centro de el ráyo refulgente
 labraban sus panales officiosas.
 Quemábalas al fin el foco ardiente,
 y en lugar de en cenizas convirtiéndolas
 en bellísimas aves, de repente
 la luz del rayo místico impeliéndolas
 tomaban vuelo hácia el cenit, palomas,
 águilas, cisnes, garzas y oropéndolas:
 y abrasada su miel suaves aromas
 exhalaba, que en lá áura derramándose
 embalsamában mar, valles, y lomas.
 La luz de el siglo, móvil elevándose,
 culebreaba con llamas refulgentes,
 de su foco en redor desparramándose,
 formando con sus llamas transparentes
 un bello árbol de luz, que reflejaba
 los colores de el iris esplendentes.
 Bajo este árbol radiante vegetaba
 innumerable coleccion de flores
 en las que muchedumbre se criaba
 de mariposas, ricas en colores,
 agradables en forma y movimiento,
 y en gala incomparables y en primores.
 Susurro vago y apacible y lento
 con sus alas hacian, y en contorno
 de aquel árbol de luz giros sin cuento.

Mas al fin deslumbradas, y al bochorno
 de el fuego enloquecidas, acercándose
 al foco abrasador, del rico adorno
 de sus puros colores despojándose,
 poco á poco en la luz se iban lanzando
 y unas tras otras en la luz quemándose:
 y un poco de humo fétido exhalando,
 polvo las mariposas se volvian
 su sitio ante la luz á otras dejando.

*Mas bellas las abejas renacian
 en la luz de la Fé, y las mariposas
 polvo en la luz de el siglo se volvian.*

¿Quién de aquestas dos luces misteriosas
 la alegoría mística no advierte?
 La miel de las abejas officiosas,
 que en aroma á su luz la *Fé* convierte,
 son LAS OBRAS de el hombre, que embalsaman
 su memoria triunfante de la muerte.

El polvo, que de sí cuando se inflaman
 las mariposas sueltan, son LAS HORAS
 que en el siglo sin fruto se derraman.

Estériles asi, ó germinadoras
 son, sin fé, mariposas nuestras vidas,
 y abejas, con la fé, trabajadoras.

Y asi las almas son: naves perdidas
 ricas, seguras con la *Fé* vogando,
 con el *siglo*, sin lastre, sumergidas.

Todas de la Razon van arribando
 á la Isla; en sus luces toman fuego
 y siguen á las costas navegando.

Yo, que há treinta años que en el mar navego; á la
 de la existencia, á la Razon arriba me toco
 por fin, y luz elijo desde luego; y á la
 y el escaso talento, que recibo de Dios como su
 del Señor para el bien, constante abeja me
 labrando mi panal con *Fé* cultivo: me
 Satisfecho supongo que te deja, querido
 querido Rafael, mi alegoría, pues mi alma en sus
 pues mi alma en sus luces se refleja;
 ¿Qué és un poeta? un ave en la sombra,
 selva de el mundo por su Dios lanzada
 para llenar sus senos de armonía;
 mas no para gorgear desatinada
 dia y noche, la selva ensordeciendo,
 malgastando la voz que la fué dada
 para elevarla audáz sobre el estruendo
 mundanal, y con *Fé* consoladora
 la gloria de su Dios enalteciendo.
 No al poeta se dió la voz sonora
 como engañosa voz á la sirena,
 ni como al crocodilo voz traidora,
 La de el poeta el ánimo sereno
 de el hombre por la tierra peregrino;
 dulce y divina voz, que le enagena,
 la patria celestial de donde vino
 recordándole siempre y aliviando
 la fatiga mortal de su camino.

¡Ay de el poeta, que sin fé cantando
solo murmullo efímero levanta,
como el agua y el viento susurrando!

¡Ay de el poeta, que su *Fé* no canta
y la gloria de el pueblo en que ha nacido,
enronqueciendo en vano su garganta,
mariposa y no abeja!

—Tal ha sido
la causa, Rafael, que esta obra mia
á emprender afanoso me ha impelido.
Cambia con mi *razon* mi poesía,
y á la *luz de la Fé* recapitulo
que he sido mariposa hasta este día.

Treinta años hace que la tierra habito,
ave insensata, que en la selva trina
con inútil gorgear; y necesito
utilizar la inspiracion divina
que al poeta dá Dios; el sacrosanto
sino cumpliendo á que mi sér destina.

*Hé aqui por qué cuando hoy mi voz levanto,
Cristiano y Español, con Fé y sin miedo
canto mi religion, mi patria canto.*

Con mi destino cumplo como puedo,
y si sucumbo por llenarle, en suma
en paz con Dios y con mi patria quedo.

Y ahora, Rafáel, que no me abruma
 ya tu curiosidad y nos hallamos
 con mi poema tú, yo con mi pluma,
 á ciertos pormenores descendamos
 en que importa, no poco á lo que infero,
 que antes de que me léas convengamos.

Entrando pues en ellos, el primero
 és: que yo *mi Poema te dedico*,
 por la razon mas óbvia: porque quiero.

Con ella, á la verdad, no testifico
 de esto la causa, mas se vé que en ella
 con absoluta ingenuidad me esplico.

Quiero asociar tu nombre con mi estrella
 de tu incredulidad para castigo,
 y á la Alhambra vendrás sobre mi huella.

Tú has apostado, Rafáel, conmigo
 á que jamás realizo mi Poema,
 y atado irás á él para testigo.

En tanto pués que á la jornada estrema
 llegamos, vén conmigo hácia Granada
 que al Moro rinde su beldad suprema.

Vé de mi narracion la nó trillada
 senda siguiendo: al oriental estilo
 la encontrarás de flores alfombrada.

No es un camino real, tirado al hilo,
 derecho y espacioso; mas conduce,
 tal cual le véis, al encantado asilo

de el alcázar Muslim, y se introduce
de paso por Bib-Rambla, dó las flores
verás mas bellas que el Genil produce.

Fátima la Zegrí, *perla* de amores
cual su nombre lo dice: la Azafia
cándida como el suyo: la en labores

estremada Jarifa: *Luz del dia*,
la dicha así por su beldad, Zoraya:

Zaida, que fuego en el mirar tenia:

la *espejo* de constantes Almeraya:

Zelinda, la orgullosa alpujareña:

Borina, préz de la murciana playa:

Zora, la voluptuosa malagueña:

Zobeika, la rival de Sarracina:

Lindaraja, la ardiente Zahareña,

y cuantas tuvo, de beldad divina,

prodigios humanados, nobles Moras

la conquistada corte Granadina.

Hallarás en mi libro encantadoras

leyendas, orientales fantasías,

que mas dulces tal vez te harán las horas;

en rimas pobres, pues al fin son mias,

pero halagüenas para aquel que aprecia

la Hispana gloria, y los pasados días.

No encontrarás los númenes de Grecia

invocados en él: Génios distintos

asisten á mis héroes en su recia

caballeresca lid. Bajo sus plintos

los templos de la Cruz no dan ya paso

á Venus ni á Pluton: ni en los recintos

de la Alhambra jamás trotó el Pegaso; que el rayo vivo de la *Fé* Cristiana cegó á las Musas y quemó el Parnaso. Hallarás en mi libro, á la Africana usanza, algo escesiva galanura, pues fiel la lira con la accion se hermana, y el tono de la accion seguir procura. Mas no el Poema juzgues de la vaga *Leyenda de AL-HAMAR* por la lectura. Su narracion fantástica divaga enfática y difusa á cada punto por su argumento celestial, que halaga tal vez, mas tal vez cansa. Su conjunto ni en forma, ni en estilo dá en efecto de mi Poema idea, aunque su asunto tan unido está á él, que es su prospecto é introduccion: sin la *Leyenda*, oscura su accion fuera, y el tono harto imperfecto aunque logre acabarle con ventura. Tal és mi obra, y con lo dicho basta para fijar tu juicio en su lectura. En cuanto al vulgo (que su tiempo gasta en murmurar) y á esa de doctores de café, literaria imberbe cásta que soltó antes de ayer los andadores, y hoy reforma las artes y las ciencias, si la anatematiza no te azores. Si las Aristotélicas sentencias vió, fué solo por fuera en un estante; y juzga de los vicios, ó escelencias

de Homero y Milton, de Virgilio y Dante
por la obra, que su autor llamó sin duda
por sus errores, *el Judío errante*.

¡Oh siglo de las luces! harto ruda
es para tí mi fé, mas cara á cara
te dirá siempre la verdad desnuda.

A Dios, buen Rafael. Mucho me holgara
de que este mi Poema en la presencia
del mundo con honor se presentara:
pero ni alcanza más mi inteligencia,
ni el hombre en este mundo está obligado
mas que á cumplir leal con su conciencia.

Siempre he creído que deber sagrado
és de el poeta consagrar su lira
á la patria y al Dios que el sér le han dado.

Si alguien te dice que á la mia inspira
hoy otro instinto de interés mundano,
dile sin mas rodeos que és mentira,
ó calla con desprecio soberano.

Guarda por prenda de amistad sencilla
estas letras, escritas de mi mano:
no me olvides, y á Dios. *José Zorrilla.*

LEYENDA

DE

MUHAMAD AL-HAMAR

EL NAZARITA,

REY DE GRANADA,

DIVIDIDA

en cinco libros titulados:

DE LOS SUEÑOS, DE LAS PERLAS, DE LOS ALCÁZARES, DE LOS ESPÍRITUS, Y DE LAS NIEVES.

(AÑO MCCXXXVIII DE J. C.)

III

INTRODUCCION.

I.

En el nombre de Aláh clemente y sumo
que dá sombra á la noche, luz al día,
voz á las aves y á las yerbas zumo:
cuya suprema voluntad podria
tornar de un soplo el universo en humo,
y que atesora en mí su poesía,
escrita os doy para su eterna gloria
del príncipe Al-hamar la régia historia.

II.

Bálsamo que disipa la amargura,
luz del pesar sombrío ahuyentadora,
es su sabrosa y celestial lectura
risueña como fuente saltadora,
grata como del campo la verdura,
bella como la grana de la aurora,
tierna cual de la tórtola las quejas,
dulce como el pañal de las abejas.

III.

Destila de sus versos ambrosía
 su dulce narracion maravillosa,
 exhala su fecunda poesía
 grato como la esencia de la rosa
 mágico son de incógnita armonía;
 y cual lluvia de abril que lenta posa
 sus gotas en la flor, vierte en el alma
 su amena relacion plácida calma.

IV.

Encierran sus conceptos peregrinos
 misteriosa virtud y fuerza varia:
 aplacan el rigor de los destinos
 elevados á Aláh como plegaria:
 regalan á quien lee sueños divinos
 leídos en la alcoba solitaria,
 cuya influencia y compañía amiga
 calman del cuerpo la mortal fatiga.

V.

No hay ser bajo el imperio de la luna
 que su leccion sagrada no comprenda,
 ni Aláh produjo criatura alguna
 que no sienta placer con su leyenda.
 El pez á quien abriga la laguna,
 el ave que del arbol hace tienda,
 la fiera que entre rocas se sepulta,
 el reptil que en los oéspedes se oculta:

VI.

y en su colmena el zumbador insecto,
y en su corteza el roedor gusano,
y el árbol recio en su vigor perfecto,
y el aire inquieto en su vagar liviano,
y el sordo incendio en su humear infecto
y en su ciego furor el oceáno
prestan oído respetuoso y grato
al armónico són de su relato.

VII.

Esculpido en las hojas de sus flores
se guarda en el Edém por altos fines,
y los justos en él habitadores,
los ángeles que velan sus confines,
las hurís que alimentan sus amores
y los génios que pueblan sus jardines
gozan en descifrar sus caracteres
en la paz de sus místicos placeres.

VIII.

Tal es la historia peregrina y bella
que os doy en estas hojas estendida,
para que el pasto y el deleite de ella
os alivien las penas de la vida:
pues la luz que en sus páginas destella
despierta el alma á la virtud dormida,
y eleva el corazón y el pensamiento
á la pura región del firmamento.

IX.

Y aunque en idioma terrenal y humano
 para la humana comprension la escribo
 de espíritu mas alto y soberano
 su luminosa inspiracion recibo.
 Guia mi corazon, guia mi mano
 ser á quien dentro de mi ser percibo;
 y el génio ardiente que en mi pecho habita
 la palabra me dá que os doy escrita.

X.

Leedla pues. Y el ámbar que perfuma
 del Paraiso la mansion divina,
 y el resplandor que de la Esencia suma
 derramado los mundos ilumina,
 y el rumor que levantan con su pluma
 las alas de Gabriel cuando camina,
 embalsame, y alumbre; y dé contento
 á cuantos lean el divino cuento.

Libro de los Sueños.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Le galib ilé Abláb (4).

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

XI.

Nació Al-hamar y sonrió el destino
contemplándole amigo: la fortuna
fijando un punto su inconstancia vino
amorosa á mecer su blanda cuna:
y el curso de su carro diamantino
parando en el cenit la casta luna
tendió desde él con maternal cariño
tierna mirada sobre el régio niño.

XII.

Del angel que custodia su persona
 bajo las alas de perfume llenas
 dió sus primeros pasos en Arjona
 sobre el tapiz fragante de azucenas
 que dan al pueblo natural corona
 sus vegas en redór ciñendo amenas:
 y sin dolencia corporal alguna
 llegó á la juventud desde la cuna.

XIII.

Animo noble y continente bello
 porque inspirara afecto y simpatía,
 dióle el Señor. Espléndido destello
 puso en sus ojos de la luz del día.
 La gracia del de el cisne dió á su cuello,
 dió á su voz de las auras la armonía,
 dió á su talle lo esbelto de la palma,
 y el temple de los génius á su alma.

XIV.

Dió el carmin de la aurora y de la nieve
 la limpieza á su tez. Dió á su cintura
 la grave magestad con que se mueve
 el leon, y del corzo la soltura:
 del sabio á su palabra dió lo breve
 la paz del niño á su sonrisa pura,
 y al corazon sin miedo y sin codicia
 la fé, la lealtad y la justicia.

XV.

Diestro en la lid, en el consejo sabio,
seguro en la virtud, fuerte en la ciencia,
modesto en la victoria, en el agravio
perdonador y sóbrio en la opulencia:
en la mano la dádiva, en el labio
el consuelo, y la paz, de la violencia
castigador, y hermoso en la persona,
nació digno Al-hamar de la corona (2).

XVI.

Chispa encendida de la fé en la hoguera
su estrella fué. Su celestial influjo
en el herial de la vital carrera
por luminosa senda le condujo.
La ventura tras él fué por do quiera,
su presencia do quier el bien produjo;
amigos y enemigos le admiraron,
y la historia y el tiempo le afamaron.

XVII.

Luchas civiles de la gente mora
le llamaron urgentes á la guerra,
y lidió con honor desde la aurora
hasta que en sombra se sumió la tierra.
Llevó al fin su bandera vencedora
de el verde valle á la nevada sierra,
y de un día de abril en la alborada
aclamado por rey entró en Granada.

XVIII.

Pequeña poblacion recién tendida
 en el seno aménisimo de un valle
 por donde Darro en sonora huida
 abre á sus hondas perfumada calle
 era entonces Granada, y parecida
 á africana gentil de suelto talle,
 que fatigada en calurosa siesta
 á la sombra durmióse en la floresta.

XIX.

Y cuando digo poblacion pequeña
 á la de hoy la imagino comparada,
 pues no era entonces cual despues fué dueña
 de dilatados términos Granada.
 Bella ciudad de situacion risueña
 y de bizarros Arabes poblada,
 era ciudad no grande, no opulenta,
 mas ya por su valor tenida en cuenta.

XX.

A una orilla del Darro que mojaba
 de sus labradas puertas los umbrales,
 (por bajo de la *cádim* alcazaba (3)
 ceñida de murallas colosales)
 un barrio se estendia que habitaba
 raza de los egipcios arenales
 oriunda: gente audaz, de miedo agena,
 de negros ojos y de téz morena.

XXI.

Tribu como nacida en el desierto
 en sus gustos voluble y pareceres,
 de este jardín á su escasez abierto,
 doblemente apegada á los placeres.
 Sus blancas azoteas eran huerto
 cuidado con afan por sus mugeres,
 y sombreaban sus altos miradores
 toldos fragantes de enredadas flores.

XXII.

Gozaban de sabrosos alimentos,
 ocio oriental y cómodo vestido;
 cercaban sus alegres aposentos
 blandos cojines de sutil tejido:
 revestia sus limpios pavimentos
 marmol de Macael blanco y pulido,
 los muros preciosísimo estucado
 y el friso trabajoso alicatado (4).

XXIII.

Sostenian los ricos arquitraves
 de sus claros moriscos corredores,
 columnas ligerísimas. Sus naves
 adornaban arábigas labores,
 sutiles cual la pluma de las aves,
 tan brillantes como ella en sus colores;
 frutales desde el huerto á las ventanas
 alargando limones y manzanas.

XXIV.

Sus patios, que en albercas espaciadas
 reciben unas aguas cristalinas, que al
 al cuerpo gratas y al beber sabrosas,
 las pilas eran de baño alabastrinas,
 sembrado el borde de arrayan y rosas,
 donde las bellas moras granadinas,
 el seco ardor de la mitad del año,
 ahuyentaban de sí con fresco baño.

XXV.

Y en las serenas noches del estío,
 á la luz misteriosa de la luna,
 al son del agua del plateado río,
 y al compás de una cántiga moruna,
 (dulce recuerdo del país natío,
 que no se olvida en la mejor fortuna),
 sentábanse á danzar en la ribera
 la alegre *Zambra*, y la *Jeiz* ligera.

XXVI.

Tal fué la tribu y las mansiones tales
 que á una margen del Darro se estendian
 mirándose en sus líquidos cristales
 á cuyo son los dueños se adormian:
 y tan gratas sus casas orientales
 eran, tal el contento en que vivian,
 que con justicia los que en él moraron
 el *barrío del deleite* (5) le llamaron.

XXVII.

La otra riberá del sonante río
 era una verde y desigual colina
 cuya enramada falda daba umbrío
 y ancho tapiz al agua cristalina,
 y cuyo lomo seco en el estío
 fundamento á una torrè casi en ruina,
 que sirviendo á dos términos de raya
 era alminar á un tiempo y atalaya.

XXVIII.

Domínase en la cumbre de esta altura
 la estension de la vega granadina,
 rica alfombra de flores y verdura
 que tendió ante sus plantas la divina
 mano de Aláh: tesoro de frescura,
 manantial de salud, y peregrina
 mansión de toda dicha, cuyas suaves
 áuras encantan con su voz las aves.

XXIX.

Ven desde allí los ojos embebidos
 cien alegres y blancos lugarejos,
 que de palomas asemejan nidos
 entre las verdes huertas á lo lejos;
 y montes cien, que por el sol heridos
 descomponen su luz con mil reflejos,
 que lanza el agua y el metal que encierra
 pródiga madre su fecunda tierra.

XXX.

Alli anidan al par todas las aves
 y se abren á la par todas las flores:
 con la rápida alondra águilas graves,
 con la murta el clavel de cien colores;
 se respiran alli cuantos las naves
 de oriente traen balsámicos olores,
 y alli da el cielo deliciosas frutas,
 y encierran minas las silvestres grutas.

XXXI.

Alli, bajo aquel cielo transparente
 donde vieron su Edén los africanos
 hállase aún en ideal viviente
 la muger de contornos sobrehumanos,
 de ojos de luz y corazon ardiente,
 de enano pié y anacaradas manos
 cuya generacion guardarán solas
 las árabes provincias españolas.

XXXII.

Moran alli esas célicas huríes
 que pintan las musulmicas leyendas
 reclinadas en frescos alhamfes (6)
 sobre lechos de azahar bajo albas tiendas;
 cuyos labios de rosas y alhelies
 guardan, de ardiente amor sabrosas prendas,
 palabras, que embelesan los oidos,
 y besos, que adormecen los sentidos.

XXXIII.

Aquellas celestiales hermosuras
 que coloca el Korán en su diuina
 fantástica mansion de las venturas,
 cuya mirada el iris ilumina,
 cuyo aliento desparce esencias puras,
 cuyo seno y espalda alabastrina
 sin ocultar sus mágicos hechizos
 negros circundan y flotantes rizos.

XXXIV.

Vénse de el cerro aquel gigantes cimas
 que eternas cubren seculares nieves,
 donde por grietas mil sus hondas simas
 rios destilan en arroyos breves:
 y allí, cosechas para dar opimas,
 refréscanse al pasar las áuras leves,
 que bajan luego á fecundar la vega
 de las fuentes al par con que se riega.

XXXV.

Vése tambien por el siniestro lado
 el valle de Genil, cuyos raudales
 bañan la verde amenidad de un prado
 cubierto de avellanos y nopales.
 Gózase allí de un aire perfumado
 con el subido olor de los frutales,
 del cantueso, tomillo y mejorana
 que el áura mueve al revolver liviana.

XXXVI.

Y entre este barrio de delicias lleno
 y esta florida y desigual colina
 se extiende el valle cuyo fértil seno
 fecunda el Darro que por él camina:
 y es el lugar más grato y más ameno,
 la situación más bella y peregrina
 de cuantas río fertiliza y baña
 en la extensión de nuestra rica España.

XXXVII.

Aquí, pues, á la margen de este río,
 en la aromada falda de esta altura,
 en una noche límpida de estío,
 y al son del agua que á sus pies murmura,
 arrobado en extraño desvarío
 la alameda cruzaba á la ventura
 Al-hamar, que en paseo misterioso
 olvidaba las horas del reposo.

XXXVIII.

Único ser con movimiento y vida
 en la nocturna soledad errando
 sin que la tierra por su pié oprimida
 crujió se oyera con el césped blando
 de que la tierra inculca está mullida,
 algún insomne le juzgó temblando
 alma que torna á visitar la huesa
 del cuerpo en cuya cárcel vivió preso.

XXXIX.

Flotaba suelto el alquicel nevado,
 blanqueaba del turbante el albo lino,
 y relucía en piedras engastados
 el puño del alfange damasquino:
 y este blanquear y relucir, callado
 á intervalos oculto del camino,
 entre los troncos que al pasar cruzaba,
 fáz de vision á su persona daba.

XL.

Y tal avanza silenciosa y lenta
 del solitario valle en la espesura,
 y al verla calla el ruisenor que cuenta
 sus amores al áura; y á la hondura
 del río se desliza la culebra enroscada
 en la verdura; y el vuelo tiende á la
 contraria orilla, y espantada
 la tímida abubilla.

XLI.

En tanto, el noble príncipe sumido
 en el mar de sus propios pensamientos,
 ni atiende al ave que ahuyentó del nido,
 ni al reptil que saltó, ni á los acentos
 que el ruisenor ahogó, y embebecido
 continúa avanzando á pasos lentos
 hasta perderse en la arboleda oscura,
 que se espesa del valle en la angostura.

XLII.

Formaba esta recóndita arboleda un estendido bosque de avellanos guardador de una espesa móralea donde sus utilísimos gusanos daban por fruto delicada seda que labrada despues por diestras manos iba en preciosas telas y tejidos á todos los mercados conocidos.

XLIII.

Brotaba una sonora fuente en medio de esta fértil enramada que vertia el cristal por doble orilla de tilos aromáticos orlada. Hallábase en redor con maravilla de los ojos la tierra cultivada y (obra admirable de cuidadosas manos) hechos jardin los céspedes villanos.

XLIV.

Corria alli suavísimo el ambiente cargado de la esencia de mil flores y al respirarle huían de la mente los pensamientos tristes, sinsabores y duelos ahuyentando; y la corriente del manantial remedio á los dolores era del cuerpo débil, cuyos males cedían al beber de sus raudales.

XLV.

Lugar divino en la region humana
 colocado era aquel; retiro augusto
 de algun génio de estirpe soberana
 que el sacro Edén abandonó por gusto.
 Destierro acaso de una hurf que vana
 apreció su beldad mas que fué justo:
 cita acaso de un Silfo en sus amores,
 lecho tal vez del Angel de las flores.

XLVI.

Alli á Al-hamar inspiracion secreta
 á hallar condujo solitario asilo,
 y alli al mirarse en soledad completa
 erguió la frente y respiró tranquilo,
 y á la sombra y al son que esparce inquieta
 la estensa copa de oloroso tilo,
 sentóse alzando la real mirada
 al cielo azul de su gentil Granada.

XLVII.

Y alli á sus hondos sentimientos dando
 pábulo y campo en la mansion del pecho
 con la influencia del lugar hallando
 á ellos el corazon menos estrecho;
 poco á poco la espalda reclinando
 fué de la yerba en el mullido lecho,
 y poco á poco deleitosa calma
 le quietó el corazon, le arrobó el alma.

XLVIII.

El canto de las aves, anidadas en el ramaje fresco; el campesino aroma de las hojas oreadas; con manso són por el errante y fino sop aliento de las brisas perfumadas, y el suave arrullo del raudal vecino daban, al sitio en que Al-hamar yacía; célica paz y mágica armonía.

XLIX.

Ansiaba el rey grandeza, venidera, gloria, poder, celebridad futura; ansiaba que su corte la primera fuese en valor, en lustre y en cultura; ansiaba darla fama duradera, con prodigios de rica arquitectura; y vía al par escaso su tesoro para hacer realidad sus sueños de oro.

L.

Gozaba su exaltada fantasía con la bella ilusión de sus intentos; sus soberbios alcázares veía llenar la tierra y dominar los vientos; admiraba la gala y simetría que daba á sus labrados aposentos, y en sus doradas letras africanas, y en las suras musulmanas.

LI.

Pensaba en las mil torres de los muros que á su noble ciudad dieran confines, fuerza real y límites seguros; pensaba en la estension de sus jardines, asilos del deleite; y en los puros baños; y en los ocultos camarines del voluptuoso Harém de las mugeres santuario del amor y los placeres.

LII.

Y embebecido en pensamientos tales, y embriagado tal vez con la esperanza de hacer un día sus proyectos reales si la fortuna amiga en la balanza su ambicion y poder ponía iguales, guiando el porvenir siempre en bonanza, no percibió el dulcísimo beleño que iba en sus miembros derramando el sueño.

LIII.

Poco á poco sus párpados cedieron á lenta pesadez, y sus pupilas la claridad y la vision perdieron; de los árboles mil las verdes filas de las aves y fuentes se le fueron borrando las imágenes tranquilas: y su imaginacion quedando en calma de la vigilia al sueño pasó el alma.

LIV.

Dos veces intentó los ojos vagos
 echar en rededor y á los sonidos
 atender, para alzarse haciendo amagos;
 pero cedieron otra vez rendidos
 sus párpados y miembros: anchos lagos
 de sombra cada vez mas estendidos
 envolvieron su inquieta fantasía,
 y un instante despues... el rey dormia.

LV.

En calma universal, en paz completa
 quedó el frondoso valle, y la vecina
 corriente del arroyo y la áura inquieta
 le arrullaron con suave y campesina
 música. — Y en tal cláusula el poeta
 interrumpe su historia peregrina,
 de agua y aire los sonos halagüeños
 poniendo fin al LIBRO DE LOS SUEÑOS.

Libro de las Perlas.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

I.

En el sagrado nombre del que en el orbe impera
oculto del espacio tras la cortina azul,
que arregla de los astros la incógnita carrera,
Señor de las tinieblas, origen de la luz,
del LIBRO DE LAS PERLAS comienzo la escritura
en verso claro y fácil á comprensión comun.
Leed; ¡y plegue al cielo que os sea su lectura
raudal de fé sincera, venero de salud!

II.

¡Oh genios invisibles, que errais en las tinieblas (1)
en grupos impalpables, sobre alas sin color!
vosotros, leyes hijos del aire y de las nieblas,
que amigos de la sombra aborreceis al sol;
vosotros, cuya ciencia comprende los mil ruidos
que pueblan el espacio con misterioso són,
y comprendeis los cantos, murmullos y gemidos
con que susurra el árbol y canta el ruiseñor:

III.

vosotros, que asaltando con silencioso vuelo
los áureos miradores del desvelado rey,
llenais de miedos vagos sus horas de desvelo
con los siniestros ruidos que á su cristal haceis;

vosotros, que á la reja del camarín estrecho
do la cautiva sueña con su perdido bien
con vuestro aliento puro enviáis hasta su lecho
mil bellas ilusiones de amor y de placer:

IV.

vosotros, favoritos del genio y la armonía,
que á par de las abejas saltáis de flor en flor,
la gota estremeciendo titiladora y fría
con que el rocío baña su virginal boton:
de vuestra poesía verted en mí el tesoro,
lo armónico prestadme de vuestra vaga voz,
porque mi mano pueda sacar del arpa de oro
las cláusulas que dignas de mi relato son.

V.

Cercadme, sostenedme con vuestro influjo santo
en la divina empresa que audaz acometí.
¡Oh génios de la noche! divinizad mi canto,
y EL LIBRO DE LAS PERLAS guiad hasta su fin.

VI.

Guiad en él mi pluma,
iluminad mi mente,
y á la belleza suma
de asunto tan gentil,
haced que el pensamiento
se eleve noblemente,
y llegue al firmamento
mi acento varonil.

VII.

Yo trazo aqui el relato
de tan divina historia,
yo pinto aqui el retrato
de tan divino sér,
que la palabra humana,
ni la mortal memoria
querrán con ánsia vana
contar y comprender.

VIII.

Mi historia es tanto bella
cuanto la lumbre vaga
de solitaria estrella
en recio temporal:
cual la cancion doliente
que caprichosa maga
murmura de una fuente
bajo el fugaz cristal.

IX.

No hay lengua que la cuente
ni mano que la trace;
el cuadro en vuestra mente
fingid mas ideal,
el tono que á vuestra alma
mas predilecto place
dadle, y la luz, la calma
que falta al mundo real.

X.

Encima figuraos
de secular colina
cuando el nocturno caos
platéa el resplandor
de la modesta luna,
que amante sin fortuna
eterna peregrina
del sol trás el amor.

XI.

Fingíós una estensa
riquísima llanura
cubierta de verdura,
y de caprichos mil
llenadla; figuraósla
en la estacion viciosa
que abrir hace á la rosa
su pétalo gentil.

XII.

El céfiro de aromas
cargado nos oréa
la fáz: brotán las lomas
con juvenil vigor
mil yerbas con que el viento
inquieta juguetea
con manso movimiento
y lánguido rumor.

XIII.

Fingíos una vega,
que parte en cien pedazos
de un río que la riega
el líquido cristal,
que caprichoso estiende
los transparentes brazos
do quier que el cáuce tiende
su lecho desigual.

XIV.

Fingíos esta vega,
cuya cubierta verde
al horizonte llega
y en su estension se pierde,
poblada de castillos,
y caprichosas ruinas,
de alegres lugarcillos,
de chozas campesinas;

XV.

de huertos pintorescos,
de arroyos cristalinos,
de bosquecillos frescos,
de móviles molinos,
de blancos palomares,
rebaños, y yegudas,
bodegas, colmenares,
establos y toradas:

XVI.

fingid que en ella alcanza
 la vista por do quiera
 la campesina danza
 á que en tranquila holganza
 y en amistad sincera
 trás del trabajo ociosa
 se entrega bulliciosa
 la alegre multitud:

XVII.

fingid este relato
 oído al són sencillo
 (mas cual ninguno grato)
 del tosco caramillo,
 y al trémulo y quejoso
 balar del cabritillo,
 y al canto trabajoso
 del soterrado grillo:

XVIII.

fingíos que lejana
 del monasterio antiguo
 doblando la campana
 con su clamor despierta
 al perro, que está alerta
 en el redil contiguo,
 y en demostrar se afana
 ladrando su inquietud:

XIX.

y atento el ojo tiende
 al campanario viejo
 de donde el són se estiende;
 y vé el móvil reflejo
 del esquilon, que gira,
 y el resplandor le admira
 del bronce que repele
 los rayos de la luz:

XX.

fingíos este suelo
 tan bello, coronado
 con un hermoso cielo
 de transparente azul
 en cuyo fondo puro,
 quebrando el horizonte,
 sobre el perfil oscuro
 del apartado monte,
 por cima del convento
 mansion de la virtud,
 pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas
 del árbol sacrosanto de la eternal salud
 destácanse en el campo del limpio firmamento
 los dos abiertos brazos de la cristiana cruz.

XXI.

¿Teneis en la memoria
 tan mágica pintura?
 ¿mirais esta llanura
 tan bella cual mi pluma pintároslo intentó?
 Pues es mas halagüeña,
 mas plácida y risueña
 la celestial historia
 que en este libro frágil os voy á contar yo.

XXII.

EL LIBRO DE LAS PERLAS
 encierra en sus concetos
 la historia y los secretos
 de un Ángel favorito de su inmortal Señor.
 Venid á recogerlas,
 que el Dios, que el Paraiso
 por cuna darle quiso,
 dió á par á sus palabras de perlas el valor.

XXIII.

De perlas elegidas
 en las de mas pureza,
 mas precio y mas belleza:
 las *perlas de la gracia*, las *perlas de la Fé*.
 Las perlas, que vertidas
 por su divina mano
 harán del sér humano
 que recogerlas sepa un ángel como él fué.

XXIV.

Todo en silencio duerme
 en la arboleda umbrosa
 donde Al-hamar reposa.
 En calma universal
 yacer parece inermes
 naturaleza entera,
 cual si á sopor cediera
 de atmósfera letal.

XXV.

La cuádriga argentina
 del carro de la luna
 su curso al mar declina;
 y de su carro en pól
 sombría, taciturna
 su negro velo tiende
 la lobreguez nocturna
 ante la luz de Dios.

XXVI.

La escasa y vacilante
 que rádian las estrellas
 dá apenas espirante
 su postrimer fulgor,
 reflejo moribundo,
 que cuando espire en ellas
 hará del ciego mundo
 un bulto sin color.

XXVII.

Ya lo es. Do quier se carga
de espesa sombra, y queda
sumida la arboleda
en densa oscuridad.
Indefinible encanto
do quier la vida embarga;
exhala pavor santo
la muda soledad.

XXVIII.

Y hé aqui, que éste punto
del fondo de la fuente,
que arrulla mansamente
el sueño de Al-hamar,
la faz resplandeciente
de un Génio, que ilumina
la linfa cristalina,
se comenzó á elevar.

XXIX.

Tocó en el ház del agua
su cabellera blonda;
quebró la frágil onda
su frente virginal;
dejó el agua mil hebras
entre sus rizos rotas,
y á unirse volvió en gotas
al limpio manantial.

XXX.

Como vapor ligero
del lago se levanta;
cual de aromosa planta
exhálase el olor;
cual del albor primero
del día que amanece
fantástico aparece
el vago resplandor;

XXXI.

del agua cristalina
asi elevó serena
su aparición divina
el Génio celestial,
cuyo contorno aéreo
rodea alba aureola
que el valle tornasola
con luz matutinal.

XXXII.

Al fuego repentino
que en torno á sí derrama
soltó su alegre trino
despierto el rui señor:
su voz de rama en rama
las áuras estendieron,
y en cánticos rompieron
mil aves en redor.

XXXIII.

Dió un paso en la pradera,
 y al agitar el viento
 su rica cabellera,
 el aire se aromó.
 Dejó escapar su aliento,
 y cuanto allí viviamos
 su aliento de ambrosía
 con ánsia respiró.

XXXIV.

Y entonces la callada
 blanca vision llegando
 donde por sueño blando
 vencido está Al-hamar,
 los céspedes por lecho,
 la mano perfumada
 le puso sobre el pecho,
 y así le empezó á hablar:

XXXV.

«Ilustre y venturoso
 caudillo Nazarita (2),
 tu místico reposo
 bendice al despertar.
 Tu espíritu, que lucha
 con mi vision, se agita
 medroso en vano: escucha
 mi voz, rey Al-hamar.

XXXVI.

»Mi voz es la armonía
cuando habla á un sér amigo
de Dios, y es lo que digo
mas dulce que la miel:
mi origen es el cielo,
mi edad es la del día,
mi esencia es el consuelo,
mi nombre es Azäel.

XXXVII.

»Yo soy un ángel, y era
el ángel mas perfecto,
el sér mas predilecto
del sábio Criador.
Moraba yo en la esfera
mas alta y mas vecina
á la mansion divina
de mi inmortal Señor.

XXXVIII.

»Un día... ¡día aciago!
cruzóme fugitivo
la mente loca un vago
delirio criminal.
Pensé, mirando altivo
mi esencia, y mi hermosa;
que no era criatura
á las demas igual.

XXXIX.

»Imaginé qué origen
 mas puro y soberano
 me pudo dar la mano
 del Hacedor tal vez.
 Mas, ¡ay! los que su mente
 por su altivez dirigen
 verán cuán torpemente
 soñó su insensatez.

XL.

»Apenas un momento
 tan orgullosa idea
 brotó en mi pensamiento
 y en él lugar la di,
 tiniebla inesperada
 cegó mi mente réa,
 y ante la faz airada
 de el Criador me ví.

XLI.

»Desnudo ante la vista
 del Dios que le llamaba
 como arrancada arista
 mi sér se estremeció;
 la luz de su presencia
 mi nada iluminaba.
 Juzgóme, y su sentencia
 así me fulminó.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. V. de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

XLII.

«Tres siglos es preciso
 »que llores por tu yerro:
 »sal pues del Paraiso:
 »del globo terrenal
 »te doy para destierro:
 »tus nobles atributos
 »te dejo: nobles frutos
 »dé tu ábito inmortal.

XLIII.

»Produzcan de tus lágrimas
 »en el lugar que mores
 »el germen de las flores
 »y el manantial del bien.
 »Sé allí su luz vivífica,
 »sé tú su astro benigno,
 »y vuelve al cielo digno
 »del celestial Edén.»

XLIV.

»Dijo: y tendí mi vuelo
 llorando hácia la tierra:
 caí sobre este suelo,
 y en este manantial
 do tengo mi retiro
 mi espíritu se encierra.
 Yo soy el que suspiro
 de noche en su raudal.

XLV.

»Yo soy el que velando
 en esta margen bella
 pródigo vierto en ella
 la vida y la salud.
 Tú en ella sin respiro
 me vienes estrechando,
 y yo la fé te inspiro,
 la ciencia y la virtud.

XLVI.

»Tú luchas por la gloria
 de tu faláz crœncia,
 y espléndida existencia
 preparas á tu grey:
 Y yo que sé tu historia,
 tu origen y tu sino,
 arreglo tu destino
 por misteriosa ley.

XLVII.

»Sí, tú eres una espada
 que blande agena mano,
 tú á impulso soberano
 obedeciendo vás.
 Tú siembras la simiente
 que encuentras apilada,
 mas siembras diligente
 para quien vá detrás.

XLVIII.

»De aquí me desalojas,
 cuando estos sitios pueblas,
 de aquí conmigo arrojas
 la gracia y el pudor;
 mas yo ví en las tinieblas
 resplandecer tus ojos,
 te conocí, y de hinojos
 dí gracias al Señor.

XLIX.

»Su vista rutilante,
 que el universo abarca,
 posada en tu semblante
 desde tu cuna está;
 y el dedo omnipotente
 sobre tu noble frente
 grabó la régia marca,
 que á conocer te dá.

L.

»Naciste favorito
 del génio y de la gloria;
 tu nombre és la victoria,
 tu voluntad ley és.
 Tu tiempo és infinito,
 tus huellas indelebles,
 los montes son endebles
 debajo de tus piés.

LII.

»¿Tú anhelas un tesoro?
 mis lágrimas son perlas, cuando
 el Darro te trae oro, cuando
 plata te dá el Genil (3); cuando
 cien minas en tu suelo
 poseés: despierta á verlas,
 y haz de este valle un cielo
 para tu grey gentil.

LIII.

»Encumbra este hemisferio
 con el poder de oriente...
 Yo en él haré á otra gente
 plantar su pabellon.
 Yo te daré un imperio,
 mas tú para pagarme
 tendrás al fin que darme
 tu fé y tu corazón.

LIII.

»A Dios ¡oh Nazarita!
 mi aparición recuerda
 cuando el pesar te muerda
 con aguijon de hiel:
 no olvides en tu cuita
 que abrió sobre este suelo
 la fuente del consuelo
 el ángel Azäel.»

LIV.

Tal dijo: y el divino
 Sér misterioso alzando
 la mano que posando
 tenía en Al-hamar,
 al fondo cristalino
 volviósse de la fuente,
 que su cristal bullente
 sobre él volvió á cerrar.

LV.

El ámbar, que exhalaba
 su aliento de ambrosía,
 la luz, que derramaba
 su forma, la armonía
 de que su voz llenaba
 la selva, y el encanto
 con que su influjo santo
 divinizó el vergel,

LVI.

como neblina leve
 que desvanece el áura
 al punto que se mueve,
 se dispó con él:
 dudar pudiendo en suma
 la mente deslumbrada
 si fué visión soñada
 el ángel Azäel.

LVII.

Tornó á la antigua calma
y soledad primera
el bosque y la pradera;
y el príncipe Al-hamar,
sintiendo libre el alma
del fatigoso ensueño,
de su tenáz beleño
se comenzó á librar.

LVIII.

Su mente oscurecida
se iluminó: la historia
del sueño en su memoria
se comenzó á aclarar;
y al fin el cuerpo suelto
de su sopor, y vuelto
á la razon y vida,
se despertó Al-hamar.

LIX.

La vista echando en torno
del sitio solitario,
reconoció el contorno,
mas como al ángel nó,
sonrisa de desdén
mostrando el juicio vario
que forma de su sueño,
en la ciudad pensó.

LX.

Pensó que de ella ausente
 pasó la noche entera: pensó en su inquieta gente
 y se aprestó á partir, mirando trás el monte
 rayar la luz primera y del sol, que al horizonte
 comienza ya á subir.

LXI.

Compuso en la cintura
 la faja tunecina; sobre la espalda echó,
 la suelta capellina y el áura respirando
 del bosque, y la frescura del alba, el césped blando
 con leve planta holló.

LXII.

Dió un paso en la pradera,
 y alzando repentina la brisa matutina
 su vuelo en el vergel como una miés ligera
 dobló el ramage umbrío, y sacudió el rocío
 depositado en él.

LXIII.

Surcaron desprendidas
 sus gotas el ambiente,
 cual lluvia transparente,
 espesa, universal.
 El aire deshacerlas
 no pudo, y esparcidas
 quedaron como perlas
 sobre la yerba igual.

LXIV.

Ráfaga empero errante
 la brisa fué: su impulso,
 durante un solo instante,
 sin fuerzas espiró.
 Herguióse la arboleda
 con rápido repulso,
 y todo al punto á leda
 tranquilidad volvió.

LXV.

Vertió desde la cumbre
 del monte al hora misma
 al sol su nueva lumbré:
 deshizo su arrebol
 la atmósfera en su prisma
 de múltiples colores,
 y abriéronse las flores
 á recibir el sol.

LXVI.

Debajo de la tienda,
de sus plegadas hojas,
las clavellinas rojas,
los rojos alelís
mostráronle con franca
fé su diaria ofrenda
en otra perla blanca
cercada de rubís.

LXVII.

Detuvo la indecisa
planta Al-hamar: su labio
bañó dulce sonrisa
su sueño al recordar;
é incrédulo, si sabio,
juzgándolo quimera,
tornó por la ladera
el paso á enderezar.

LXVIII.

Y por mostrar desprecio
de sueños infundados,
los céspedes mojados
pisaba sin temor
con indignado y recio
paso truncando altivo
el tallo inofensivo
de una y otra flor.